

## El hombre que amaba las mujeres

Tu credo fue sencillo: amarlas a todas  
en la medida humana de tus posibilidades. A esta  
por su espesa cabellera roja, a aquella por sus piernas,  
sus delicados hombros,  
su mirada miope, su timidez o su ternura de heroína  
de novela rusa.

Las amaste tal y como eran. Sin mentiras, sin falsas  
promesas de novio o de marido. Por eso la urgencia de tus  
peticiones

y de tus gestos limpios  
nunca tuvieron un rechazo.

Tu credo fue sacrílego en un mundo que ama  
las generalidades,  
las palabras elocuentes, las buenas causas, las mentiras.

Para qué explicarles a los necios  
la felicidad de los detalles.

Las amaste a todas, incluso  
a la que corría con el pelo al viento  
doblando la esquina  
y te causó la muerte.

También ellas te quisieron. Y, aunque no lo sepas,  
llegaron puntuales a la última cita.

Como fieles sacerdotisas,  
te velaron en la forma debida.

Llegaron por montones,  
venían del pasado, cada una con la flor de un recuerdo feliz.  
Algunas, antes de la entrada al cementerio, apartaron a sus  
hombres. Porque de eso se trataba: un funeral exclusivo de  
mujeres.

Nunca lo sabrás, pero te lo digo: en el instante de la verdad  
en que la tierra cae sobre el ataúd  
desfilaron una a una y desde abajo  
sus talones fueron de nuevo “los compases que circulan  
el planeta

dándole equilibrio y armonía”.

Cuando ya te ibas, te acompañó la vida. Las mujeres que  
son la vida.

*Luis Fernando Afanador (Colombia)*

Del libro *Amor en la tarde*